

En un comercial Lorena Ochoa alabó el campo mexicano... pero ya se dio cuenta de que aquí ni siquiera ella puede ganar.



Lorena Ochoa escaló 50 puestos, pero está rezagada en Bosque Real

■ Deportes

Enfrenta Gordillo una de las peores crisis de autoridad, afirman profesores

■ Denuncian *elbazo* en Palenque, Chiapas, para imponer a incondicional de la dirigente

Laura Poy y Ángeles Mariscal ■ 39

Inoperantes, los capitales privados en el sector del crudo: legisladores

Roberto Garduño ■ 8

Ex piloto alemán dice que derribó en 1944 el avión de Saint-Exupéry

■ Cultura

columnas

EL DESPERTAR • JOSÉ A. ORTIZ PINCHETTI	10
BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME	18
A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER	20

opinión

CRISTINA BARROS	8
ARNALDO CORDOVA	22
NÉSTOR DE BUEN	22
ROLANDO CORDERA CAMPOS	23
ANTONIO GERSHENSON	23
JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO	25
NAOMI KLEIN	30
ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO	38
CARLOS BONFIL	Cultura

SE ENFRENTAN EMOS A OTRAS TRIBUS EN EL DF



Unos 200 jóvenes convirtieron ayer la glorieta de Insurgentes en territorio *emo* durante horas y se enfrentaron en dos ocasiones con darks y punks, entre otros grupos, por lo que intervinieron elementos de seguridad. En tanto, unas 900 personas protestaron en Querétaro por la agresión a jóvenes perpetrada el pasado día 7. A su vez, en Durango fueron aprehendidos 80 *antiemos* ■ Foto Yazmin Ortega Cortés

JOSEFINA QUINTERO Y CORRESPONSALES ■ 33 y 37

MAR DE HISTORIAS Amarillo congo

CRISTINA PACHECO

En vísperas de la Semana Santa, conforme las casas vecinas iban quedando solas, la nuestra se llenaba de visitantes. En los días previos a su llegada los cuartos eran sometidos a limpieza profunda y a cierta remodelación. Tras el propósito de hacer más amplios los espacios estaban otros: disimular el deterioro de la casa y la permanente mala racha económica.

Los retratos eran movidos hacia los sitios en donde cuarteaduras y grietas resultaban más visibles; las sillas se adosaban contra las paredes; las colchas hacían funciones de cortinas y mamparas. Al final procedíamos a teñir las duelas carcomidas con oleadas de congo amarillo, brillante como el oro.

Al mismo tiempo que cumplíamos con aquellas tareas mi madre nos recordaba las buenas maneras y, sobre todo, la obligación de mantener en secreto lo que pudiese incomodar a nuestros visitantes: que para cubrir los gastos de su estancia habíamos llevado al Monte de Piedad sus "joyas": unos aretes de filigrana, un tú-y-yo con dos granates casi invisibles y una cadena de plata con un dije en forma de corazón.

Las recomendaciones culminaban con

una serie de prohibiciones muy concretas: "No quiero pleitos ni malas caras ni quejas y mucho menos que se abalancen sobre el pan dulce". Comerlo era un lujo y la posibilidad de incluirlo en nuestro menú aligeraba el fastidio de vernos copados por los numerosos visitantes.

Eran siempre los mismos: la abuela, los tíos, los primos y alguna conocida que viajaba "a México" para cumplir con una manda, someterse a un breve tratamiento médico o comprar una marca de cosméticos inconseguible en el pueblo.

II

Según los visitantes iban apareciendo, la casa se inundaba de maletas, bolsas y cajas. Al abrirlas sentíamos el olor de la fruta y los condimentos que, en opinión de los recién llegados, eran de mejor calidad y mucho más sabrosos que los de acá. Como regalo especial nos traían cuadritos de colmena que masticábamos hasta quitarle a la cera todo el sabor de la miel.

Las horas de comida se relajaban de acuerdo con los itinerarios de nuestros

visitantes y las sobremesas se hacían eternas para darles tiempo de que nos pusieran al tanto de las novedades en el pueblo: bodas, raptos, nacimientos, defunciones, pleitos y despojos.

Por la noche, después de la cena, los adultos permanecían reunidos ante la mesa para tratar "asuntos de mayores" y a los niños nos dejaban en libertad de salir a la calle y divertirnos jugando al bote, a las anchuras, al avión o a los aficionados. Al grito de "Métanse, ya es muy tarde", entrábamos en la casa para dormir. Los visitantes lo hacían en nuestras camas mientras que nosotros, como anfitriones, nos tendíamos en colchonetas puestas sobre las duelas teñidas de congo amarillo.

III

La rutina vacacional se alteró el año en que al grupo de visitantes se sumó una ahijada de mi abuela: Claudia. Había venido a México para lo que menos imaginábamos: comprar lo necesario antes de recluirse en un convento. Sus propósitos eran consagrarse a los enfermos, a los menesterosos y en especial a los niños abandonados en cualquier parte del mundo. La